

PAUL GROUSSAC Y LA CRÍTICA HISTORIOGRÁFICA EN EL PROCESO DE PROFESIONALIZACIÓN DE LA DISCIPLINA HISTÓRICA EN LA ARGENTINA A TRAVÉS DE DOS DEBATES FINISECULARES

ALEJANDRO C. EUJANIAN*

*"Vindicar realmente una causa y prodigar
las exageraciones burlescas, las falsas
caridades, las concesiones traicioneras y el
paciente desdén, no son actividades
incompatibles, pero si tan diversas que
nadie las ha conjugado hasta ahora."*

J.L.Borges, "Arte de injuriar"⁽¹⁾

Paul Groussac, la historia y los historiadores

En su *Historia de la historiografía argentina* de 1925, Rómulo Carbia daba cuenta de lo que a su entender había sido el proceso de nacimiento y posterior consolidación de una "nueva escuela histórica", como culminación de un proceso ascendente que encontraba en Paul Groussac uno de sus antecedentes más notorios, trazando de este modo una genealogía que no ocultaba una perspectiva legitimadora del propio grupo al que pertenecía.⁽²⁾ Años más tarde, Tulio Halperín Donghi va a cuestionar esa imagen, sin duda excesivamente optimista, señalando la existencia de una crisis de la historiografía argentina entre 1880 y 1910, y que en ese contexto Paul Groussac fue sólo un "espectador" divertido de los debates historiográficos del momento.⁽³⁾

Entre estas dos interpretaciones, por un reconocimiento puramente instrumental en un caso, y por considerarlo marginal en el otro, quedaba ausente, un estudio respecto al papel que le cupo a Groussac, en el proceso de conformación de un campo intelectual en la Argentina y de profesionalización de la actividad

* Facultad de Humanidades y Artes/CEI/CIESMC/ Universidad Nacional de Rosario.

historiográfica a fines del siglo pasado.⁽⁴⁾ Procesos simultáneos que, para las ciencias sociales y la literatura, son instalados en los años del centenario, invitándonos a bucear en su periodo formativo.⁽⁵⁾ En este sentido, su producción intelectual y la labor institucional, que llevó a cabo en la dirección de la revista *La Biblioteca*, constituyen un momento fundamental de esa experiencia.⁽⁶⁾

El interés de Paul Groussac por la historiografía no puede ser menospreciado, no sólo por haber participado activamente en los debates decimonónicos acerca de las semejanzas y diferencias entre las ciencias naturales y sociales;⁽⁷⁾ sino también porque, a mediados de la segunda década del siglo XX se produjo en torno a él una polémica, que tuvo como protagonistas a aquellos historiadores que J.A. García consideró los fundadores de una "nueva escuela histórica en argentina".⁽⁸⁾ Estos jóvenes historiadores, considerados como los artífices de la profesionalización de la historiografía, pondrían en tela de juicio la legitimidad de Groussac como historiador y fundamentalmente como crítico historiográfico, refrendando de este modo, que la consolidación de un espacio institucional va de la mano de una batalla contra las figuras más prestigiosas hasta el momento.⁽⁹⁾

El centro de la polémica que los historiadores de la "nueva escuela histórica" desarrollaron contra Groussac, apuntó a su rol como crítico historiográfico, desconociendo primero sus méritos como historiador. De este modo, no solo ponían en duda su erudición, interés por la materia, y labor como editor de documentos históricos, sino también su "autoconsagración", al atribuirse el pontificado máximo de la crítica histórica.⁽¹⁰⁾ El valor político de la crítica histórica, para establecer los rangos de "autoridad" y "legitimidad" en la materia, es rápidamente visualizado por los protagonistas de la profesionalización historiográfica en las primeras décadas del siglo.⁽¹¹⁾ Por este motivo, Rómulo Carbia apuntará sus dardos contra los tres pilares que Paul Groussac, había considerado indispensables en toda obra histórica: ni el estilo, ni el método científico aplicado al análisis de documentos, ni el juicio histórico, tendrían en su obra el brillo y rigor esperado.⁽¹²⁾

Las condiciones de un parricidio, expresado a través de una batalla intergeneracional por ocupar el centro del campo historiográfico, son expuestas claramente por Carbia:

"...puede sostenerse, sin mengua a la verdad, que el señor Groussac es el pontifice de la historiografía, como el cree? De ninguna manera. Es este un trago amargo que quizá provoque, en el que lo tiene que efectuar, el desahogo estéril de pensar que un nuevo caso evidencia aquello que dijera acerca de los párvulos que utilizan el primer diente en morder el pezón. Pero así y todo, tendrá que reconocer que su "imperio" ha pasado y que ya no son estos los tiempos en que desde *La Biblioteca*, férula en mano, dictaba fallos que todos acataban. Los cachorros de ahora, tal vez porque nacen con un poco de pirrón en el alma, tienen precocidad de colmillo..."⁽¹³⁾

La caída de un imperio y el fin de un pontificado, son acontecimientos que anuncian el nacimiento de uno nuevo, cuya condición de existencia pasaba por barrer con las ruinas del anterior. Por otra parte, que esta disputa se desarrollara exclusivamente en el campo historiográfico no deja de ser significativo. En otros espacios culturales, Paul Groussac seguía gozando de un marcado respeto, como lo muestran el descargo que hace la revista *Nosotros*, por el artículo de R. Levillier que allí se publica —en el que el autor apela al concepto nietzschiano del "mal sabio" para caracterizar a Groussac— y cuyos términos dice no compartir; el banquete en su homenaje que organiza la misma revista en 1919 y el número que le dedica en 1929 a raíz de su muerte; y los artículos laudatorios que la *Revista de Filosofía* dirigida por José Ingenieros, le publica en razón de la aparición de su *Mendoza y Garay* en 1916.⁽¹⁴⁾

Finalmente, diversos elementos de orden cualitativo y cuantitativo permiten cotejar su interés por los estudios históricos. En primer lugar, se disculpa por publicar en *La Biblioteca* "este juguete", refiriéndose a su cuento "El Centenario", por encontrarse a la espera de documentos indispensables para la continuación de "Santiago de Liniers", que debía ocupar ese espacio.⁽¹⁵⁾ En segundo lugar, la historia era la forma ideal para conciliar su amor a la literatura y su fe en la ciencia. En efecto, la poesía, destinada a desaparecer por el avance de la ciencia, sería superada por otras formas capaces de expresar lo bello: "Para pensar lo bello, el hombre moderno tiene la ciencia, la filosofía, la historia, la novela...". La Historia era la única rama del saber capaz de conciliar el arte, a través de la forma y el estilo, y la ciencia, a través de la aplicación del método experimental para el análisis de documentos históricos.⁽¹⁶⁾ En tercer lugar, el criterio de clasificación, utilizado para ordenar los volúmenes de la Biblioteca Nacional, coloca a las Ciencias Históricas en segundo lugar de importancia, tras las Ciencias y antes que las Ciencias Políticas, la Literatura y la Teología:

" 1º las Ciencias y las Artes, anteriores a la misma organización social, y hoy comprensiva de todos los conocimientos humanos que encuentran en la filosofía, en las ciencias matemáticas, físicas y naturales su base sólida y raíz fecunda; 2º las Ciencias históricas, que nos muestran en conjunto y por partes la evolución gradual de la humanidad; 3º las Ciencias políticas, que nos enseñan la estructura completa de la sociedad, sus órganos e instituciones conservadoras; 4º la Literatura, en su sentido más sintético, que comprende el lenguaje humano estudiado en sus más múltiples manifestaciones: florecencia espontánea y grandiosa de una facultad tan exclusiva del hombre, que basta a definirle; 5º la teología, por fin, cuya actual esterilidad no puede borrar el recuerdo de su pasada gloria..."⁽¹⁷⁾

En cuarto lugar, un balance de los volúmenes adquiridos en la Biblioteca Nacional durante su gestión, por vía del canje y la compra, entre los años 1885 y

1893, demuestra el privilegiamiento de las áreas de Historia y Geografía.⁽¹⁸⁾ Finalmente, de los 72 artículos publicados por Groussac en la revista *La Biblioteca*, 49 de ellos, es decir el 68 % corresponden a temáticas vinculadas a la historia y la geografía.⁽¹⁹⁾

Si los argumentos hasta aquí expuestos, contribuyen provisoriamente a demostrar que Groussac no era un simple "espectador", ni tampoco era considerado como tal por sus ocasionales contrincantes, es necesario señalar algunas razones probables del descuido en que hasta el momento ha caído la figura y la obra de este intelectual francés.

La primera razón, es la ausencia de una tradición dentro de la historiografía contemporánea, que encuentre en los historiadores, su obra, y el desarrollo de la práctica histórica, un objeto de estudio apropiado para recuperar las relaciones existentes entre la cultura y la sociedad, por un lado, y entre la élite intelectual y la élite social y política por el otro.⁽²⁰⁾ La segunda razón, que habría desalentado el intento de integrarlo a la cultura de su época, es producto de la aceptación tácita por parte de las versiones críticas o indulgentes sobre su persona, de la auto-imagen que Groussac se encargó de propagar, la de un intelectual a la vez marginal —por su carácter de extranjero—, y omnipresente —por conferirse el rol de guía intelectual de una nación que consideraba culturalmente atrasada—. Por último, los artífices de la profesionalización de la disciplina histórica a comienzos de este siglo, encontrarían en el *Leherbuch* del alemán Berheim, la justificación metodológica para romper con una tradición historiográfica que, no olvidando sus aspiraciones literarias, las trasladaba a sus estudios históricos.⁽²¹⁾

Las tres razones aquí apuntadas, a modo de hipótesis, parecen confirmar el interés de un estudio sobre el tema en cuestión, en la medida que podemos entrever que se teje en torno a Paul Groussac, un lugar de tensión al interior de la cultura argentina, y fundamentalmente, de la comunidad de historiadores del período.

La importancia de la obra de Groussac como historiador y su actividad como director de la revista *La Biblioteca*, reside en poder visualizarla como un momento relevante en el proceso de conformación de un campo intelectual en argentina, y a la vez, en el antecedente inmediato de la profesionalización de la actividad intelectual en general e historiográfica en particular, consolidada a partir de 1910.⁽²²⁾ Esto nos lleva a remarcar en primer lugar, los cambios que hacia fines de siglo se comienzan a plantear en torno a la figura del intelectual, respecto a la generación precedente. En efecto, si bien la generación del '37, ya había apelado a la soberanía de la razón respecto al poder político, esta pretensión, no iba acompañada necesariamente de un saber especializado, sino de un conjunto de ideas cuya implementación consideraba imprescindible para el futuro de la nación. Esta convicción, a partir de 1838, entraría en paralelo con otra, según la cual eran

ellos mismos los destinados a llevarlas acabo.⁽²³⁾ Hacia 1880, dos hombres de esta generación, protagonizaron un debate respecto a la legitimidad del discurso histórico, en cuyo centro se hallaba la relación entre intelectual y política. Frente a un Bartolomé Mitre, para el cual la recopilación y crítica de documentos era la condición de posibilidad de un discurso verdadero, intentando de este modo distinguir como esferas diferenciadas, labor histórica y práctica política; Vicente F. López, recurría a la memoria familiar para la reconstrucción del pasado, y se definía en el "prefacio" a la *Historia de la República Argentina*, como un historiador político, anulando de esta manera, cualquier diferencia entre ambas prácticas.⁽²⁴⁾

En segundo lugar, creemos que el proceso de conformación de un campo intelectual no es ajeno a las transformaciones que se están produciendo en Argentina desde las últimas décadas del siglo pasado. Los cambios económicos y sociales, producto de la entrada de capitales y el continuo flujo migratorio, en el contexto de apertura de los mercados internacionales a las exportaciones; así como la movilidad social y la acelerada urbanización, vierten sus efectos tanto en la esfera cultural, como en torno a un régimen político cuyos límites para asimilar esa nueva complejidad social se hacen cada vez más evidentes.⁽²⁵⁾ Este proceso, afectará a un conjunto de disciplinas sociales que ven, fundamentalmente a partir de la crisis económica y política de 1890, la necesidad de intervenir planteando soluciones desde la perspectiva de sus respectivos saberes especializados. Este es el caso, de la sociología, el derecho, la medicina, la psiquiatría, y la historia, para las cuales, la posesión de un saber científico, en el marco del desarrollo de las ciencias naturales y sociales, era la condición indispensable para la implementación de una amplia regeneración social, política, cultural y fundamentalmente moral, cuya eficacia dependería de la creación de instituciones estatales para la implementación de sus políticas reformistas.⁽²⁶⁾

En este contexto, se darán las condiciones de posibilidad para la concreción de la pretendida autonomía del intelectual, en la medida que surgirán un conjunto de mediatizaciones respecto al poder político y económico. La primera de estas mediaciones, se deberá al **lenguaje científico**, como resultado de un proceso de especialización de los diversos saberes cuyo objeto era lo social; la segunda, es la **función** de contribuir a la regeneración de una sociedad que se ve en riesgo de disolución motivo de las transformaciones antes enunciadas; en tercer lugar, el **estado nacional**, que hacia la década del '90 y en gran parte gracias al influjo de la nueva generación sobre el gobierno de Juárez Celman se ha fortalecido y secularizado, aparece como una instancia fundamental para aplicar las políticas reformistas destinadas a modificar las prácticas sociales. En dicho marco, *La Biblioteca*, ofrecerá un espacio propicio para la difusión del ideario reformista, planteándose como función principal la de llevar a cabo a través de sus páginas una "empresa civilizadora" respecto a la cultura argentina de fines de siglo. Al

propio tiempo, en el campo específicamente historiográfico, el ejercicio de la crítica histórica funcionará como un dispositivo tendiente a sentar las bases de la profesionalización de la disciplina, al instaurar los principios de autoridad, legitimidad, consagración y autonomía intelectual al interior del campo circunscripto.⁽²⁷⁾

Las armas de la crítica

El epígrafe que encabeza este artículo, tiene como destinatario a Paul Groussac, en un ensayo cuyo título permite inferir paradójicamente, el elogio y la acusación: el "Arte de injuriar". En un contexto en el que la historia intentaba desembarazarse de sus ropajes literarios, afirmando su identidad en la búsqueda de la verdad a través de la compulsión documental, el ejercicio de la crítica cumplía un rol legitimador o descalificador de obra y autor, desde una autoridad avalada por el medio intelectual circundante. Desde la revista *La Biblioteca*, Paul Goussac asumió y cultivó ese rol, destinado a historiadores y literatos, por medio de un discurso cáustico, sagaz y envolvente; a veces frontal y otras elíptico. Principia indulgente para culminar demoledor del adversario, alternando cuestionamientos puntuales al estilo y al método, con frases descalificadoras de la moral, honor y capacidad del oponente. De la crítica mesurada y paciente, a la sátira más despiadada y destructiva.⁽²⁸⁾

Los tres artículos discontinuos que dedica Groussac entre 1896 y 1898 a su polémica con N. Piñero, abriendo y cerrando con ellos la publicación, representan tres momentos claramente diferenciables por el campo de debate circunscripto en cada caso.⁽²⁹⁾ Sin embargo, a pesar de su diversidad manifiesta, se encuentran anudados uno a otro —casi programáticamente—, iluminando el rol que el autor se atribuyó —y en parte logró conquistar— respecto a la cultura argentina de fines del siglo pasado. Los problemas relativos a la legitimidad, autoridad y autonomía intelectual, refieren en cada caso particular, y en su conjunto, a un campo intelectual en formación y a una incipiente profesionalización historiográfica. Procesos respecto a los cuales, el director y su revista, buscaron cumplir un papel protagónico apelando a la crítica como arma y argumento.

I.

En su primer artículo, Groussac circunscribe el campo del debate al problema de la legitimidad del historiador, propiciando la profesionalización en un contexto caracterizado por la ausencia de canales académicos que la garanticen. Tres falencias presenta, a su entender el autor de los *Escritos de Mariano Moreno*: inexperience literaria; un errado concepto histórico; y el desconocimiento de las

reglas de la crítica documental, para llevar a cabo una edición crítica de fuentes históricas.⁽³⁰⁾

Al instalar la discusión en el terreno de los requisitos indispensables con los que debe contar toda obra histórica, de orden estilístico, moral, y metodológico, Groussac realiza un conjunto de operaciones destinadas a fijar su lugar en el contexto de la cultura de la época, afirmando el carácter profesional de la labor histórica y su rol como impulsor de la misma.

“¿Por qué no penetra en los países de habla española esta noción, al parecer tan sencilla y elemental: que la historia, la filosofía y aun esta pobre literatura son ‘especialidades’ intelectuales, tan difíciles por lo menos, como las del abogado o las del médico, y que no es lícito entrarse por estos mundos, como en campos sin dueño o predios del común?”⁽³¹⁾

En la primera operación, afirma el carácter ambivalente de su relación con el país de residencia. Francés transplantado, como el Liniers al que dedicó varios números de la revista, mantiene un distanciamiento cultural respecto de una nación cuya labor será encauzar en el camino de la civilización.⁽³²⁾ Atraso, por otra parte, que hace extensible al resto de los países de habla hispana.⁽³³⁾ Es precisamente esa ajenidad, frente a una inferioridad de lengua y cultura, la que le permite colocarse, ya no sólo cultural, sino también moral y políticamente, como defensor de los intereses argentinos, en un grado que ningún intelectual nativo habría intentado al presente. De este modo, se indigna ante la falta de reacción respecto a una publicación que ofende, “...a uno de los más ilustres próceres argentinos.”⁽³⁴⁾ La crítica, más allá de las puntualizaciones polémicas de orden histórico y metodológico, deviene moral cuando denuncia el carácter apócrifo del *Plan de operaciones*, que N. Piñero inscribe en la obra de Moreno.

Tras considerar la imposibilidad “material” de que Moreno redactase la obra, y las pruebas ideográficas, demostrando que ni el estilo ni el lenguaje empleado corresponden a la pluma del secretario de la junta,⁽³⁵⁾ Groussac se convierte en defensor de la nación y su memoria histórica, frente a una obra que demuestra desconocer la organización del país y el “...sentimiento de sus habitantes”.⁽³⁶⁾ Al alegato profesional contra una obra cuya realización excedería la capacidad personal del autor, se suma la reacción ética de un liberal que cabalgó orgánicamente en las filas de la generación del '80. El derecho conferido al Estado para la confiscación de los bienes privados, no podía ser obra del único hombre de la revolución rescatado por Groussac, y al que a pocos años de asumir como director de la Biblioteca Nacional, erigió en prócer de mármol en su hall central.⁽³⁷⁾

Desde una exterioridad tensionada por el papel que se consideraba destinado a cumplir en el país, ejerce la crítica en salvaguarda de los intereses de la nación, no dudando en convocar a los historiadores, cuyo objeto es la búsqueda de la

verdad, a "arrancar" esas páginas del libro de Piñero, que ofenden la moral y el honor de uno de sus más importantes próceres.⁽³⁸⁾

La segunda operación que realiza consiste en colocar a la historia, la filosofía y la literatura en el rango de "especialidades", y en tanto tales, esos "mundos", "campos", o "predios", no debían ser invadidos por aficionados, si no que serían el coto de caza de los profesionales en la materia. De este modo, fija los límites de incumbencia, al interior y exterior del campo de aquellos intelectuales dedicados al estudio de lo social.

En el segundo artículo dirigido a la obra de Piñero, responsabiliza a la profesión de abogado del autor de ubicarlo en las antípodas del trabajo del historiador. Mientras el objetivo del último será la búsqueda de la verdad absoluta —aun de manera conjetural y provisoria—, el primero, solo pretende una sentencia positiva sin preocuparse por la veracidad de los argumentos que va a utilizar, intentando de este modo, convencer antes que demostrar.⁽³⁹⁾

Instalando las diferencias entre una y otra profesión en el terreno de las prácticas, abre paso a una tercera operación. Esta consiste en homologar —en tanto especialidades— la historia, la filosofía y la literatura, con aquellas profesiones que, como la abogacía y la medicina, articulan su prolongada tradición de profesiones liberales con un alto grado de legitimidad social, a la virtud de conciliar un saber y una práctica específica para el desarrollo de sus respectivas tareas.

Saber y práctica profesionales son las dos condiciones indispensables —y de las cuales el autor carece— para la publicación de una edición crítica de documentos históricos.⁽⁴⁰⁾ Si bien los autores argentinos, no demandarían la confección de "ediciones sabias" como las que ameritan los textos tradicionales, por no tener la palabra más que como instrumento y continuación de la acción, sí debían cumplir con un conjunto de condiciones, de las cuales el texto en cuestión carece.⁽⁴¹⁾

Es el auge del positivismo, y a través de él la fijación de las reglas a seguir para la búsqueda, selección, transcripción y traducción de documentos históricos, lo que hace imposible para Groussac, aceptar como válida una publicación que no cumpla con esas condiciones. Europa, ese espejo recurrente en su mirada sobre la Argentina y cuya pertenencia le autoconfiere autoridad, vuelve a funcionar aquí como modelo a seguir en cuanto al método a aplicar en este tipo de ediciones.⁽⁴²⁾

El método del historiador a la vez que lo distancia del abogado, lo acerca al sabio —durante la marcha de un experimento—, y al juez, cuya actitud es: observar primero, para luego deducir con exactitud.⁽⁴³⁾ A nuestro juicio, el rechazo de Groussac respecto a considerar la historia como una ciencia, no es contradictorio con su apelación a la aplicación del método científico para el abordaje de materias disímiles.⁽⁴⁴⁾ Aunque su posición respecto a este punto, se radicalizaría en años posteriores, ya durante la publicación de *La Biblioteca* se encontraban esbozados

en sus líneas centrales, los argumentos que desarrollaría en su trayectoria como historiador.

Aceptando la metáfora organicista como herramienta didáctica para comprender el funcionamiento de la sociedad, rechaza la comparación cuando ésta tiene pretensiones analógicas.⁽⁴⁵⁾ Para Groussac, la sociedad no es sólo un cuerpo, sino también una persona, y como tal dotada además de un alma con sus facultades y aptitudes "determinantes", de las funciones y necesidades "determinadas" del cuerpo.⁽⁴⁶⁾ Condicionada por el tripode tainiano de la raza, el medio y el momento, el alma será entonces lo específicamente humano del ser social, subordinando su producción y consumo a sus creencias y pasiones.⁽⁴⁷⁾ Por lo tanto, la pretensión de las ciencias sociales de formular leyes universales —independientemente de regiones y estructuras políticas—, tal como lo hacen las ciencias naturales, es invalidada por el carácter provisorio y conjetural de las conclusiones a las que accede.⁽⁴⁸⁾

El humanismo racionalista y antimecanicista de Groussac, conciliando el espíritu romántico y el racionalismo positivista, lo convierte en un defensor del hombre como propulsor de la humanidad y de la historia, reaccionando frente al embate de la máquina:

"...intervendrá como elemento director entre los émbolos y volantes del monstruo insensible, una frágil palanca de músculos y nervios, de inteligencia y voluntad, cuya libre energía dará la ley a la energía del metal".⁽⁴⁹⁾

El hombre, como ser particular e indivisible, censura la pretensión de las ciencias sociales de formular leyes universales. Sin embargo, el método experimental aplicado con el rigor y exhaustividad propia de las ciencias naturales, convertiría a la historia en una práctica, tan especializada y difícil como aquellas.

En el primer artículo de la polémica con Norberto Piñero, Groussac realiza tres operaciones que contribuyen no sólo a cuestionar la legitimidad de su oponente para ocuparse de temas históricos, sino también a asignarse el rol de agente legitimador a través del ejercicio de la crítica histórica. Desde la ajenidad del exiliado voluntario, afirma su autoridad como impulsor en estas tierras de los cánones de la cultura europea que representa, y como defensor de la conciencia histórica de la nación que ha adoptado para su residencia.

Por otra parte, al fijar por medio de la crítica las reglas del método en el trabajo del historiador, delimitando las fronteras de incumbencia entre ellas y al exterior de las ciencias sociales, distingue una práctica específica —un oficio— cuyo abordaje es prerrogativa de especialistas, afirmando de este modo el carácter profesional de la labor.

Sin embargo, ¿en un país que carecía de las instituciones académicas para la formación y promoción de historiadores, y en el que los canales institucionales

de profesionalización se encontraban aún ausentes, quién o cuál es el agente legitimador? Al responder a esta pregunta, el problema de la legitimidad se instala en la discusión en torno al principio de autoridad.

II.

La crítica de Paul Groussac en el primer número de *La Biblioteca*, recibirá una respuesta de N. Piñero titulada: *Los Escritos de Mariano Moreno y la crítica del Señor Groussac*, que actuará como disparador de un segundo artículo del primero, y de un desplazamiento del campo de debate.⁽⁵⁰⁾ El problema de la legitimidad, sin desaparecer, quedará aquí subordinado a la discusión en torno a la autoridad.

Luego de retomar rápidamente los argumentos que ya había desarrollado en su primer artículo, se detiene en el uso que de las citas hace el autor que, por ser de segunda o tercera mano, demostrarían un exceso de "domesticidad mental".⁽⁵¹⁾ La recurrente apelación de Piñero a B. Mitre como garante de la autenticidad de los manuscritos de *La Gaceta* atribuidos a Moreno, provoca la irrupción del autor de la *Historia de Belgrano y la Independencia Argentina* en el centro de la polémica. En tanto, Piñero se convierte en una figura de segundo orden, "un discípulo" de aquél al que niega autoridad no sólo en materia de estilos, sino también en cuanto a la aplicación del método científico para el análisis de documentos históricos.⁽⁵²⁾

"Ello me permitiría apuntar algunas ideas útiles acerca del método científico que no ha sido aún aplicado a la historia argentina, y mucho menos, por el ilustre escritor bajo cuyo fallo, para él inapelable, nuestro abogado se cobija y ampara devotamente".⁽⁵³⁾

El método científico entendido como crítica de fuentes, estaría ausente en la obra de Mitre y la historiografía argentina de fines del siglo pasado, pero también en aquellos historiadores europeos a los que en muchos casos apela como modelo.⁽⁵⁴⁾ En el caso de Mitre, que había instaurado al "documento" como polo de diferenciación principal en su debate con V.F. López en la célebre polémica historiográfica que inició los años '80, señala la ausencia en el uso que hace de los mismos, de toda crítica externa o psicológica.⁽⁵⁵⁾

Sin embargo, el mayor daño a la "historia patria" no sería efectuado por B. Mitre, sino por sus "discípulos" o "imitadores", que le han conferido a esos textos una "autoridad soberana", una "atmósfera de canonismo" que los ha convertido en "textos sagrados" de autoridad irrefutable. La batalla contra la aludida autoridad concedida por los intelectuales de los años '90 a B. Mitre, se convierte en un programa cuyo objeto sería poner fin "...a esa suma del poder histórico conferida a un dictador intelectual".⁽⁵⁶⁾

Sin duda, el alegato antimitrista parecía más pertinente para caracterizar el papel que Groussac se autoasignó como crítico, que a la actitud más mesurada y

menos beligerante de su ocasional oponente. Pero al mismo tiempo, si de una batalla por ocupar el rango de autoridad en el campo historiográfico se trataba, el adversario elegido era el correcto.

Por otra parte, dicha batalla había conocido un capítulo anterior, meses antes del segundo artículo destinado a criticar el volumen de Piñero. La publicación por parte de Groussac, en distintos números de *La Biblioteca* de su "Santiago de Liniers", en el cual deslizó críticas contra algunas de las afirmaciones de B. Mitre respecto a las invasiones inglesas, provocó, una respuesta del historiador aludido y una contra-réplica de Groussac en la revista.⁽⁵⁷⁾ La polémica toma como eje tres hechos históricos: la localización de las tropas inglesas durante el asalto a Buenos Aires; su "Plan de ataque"; y la táctica militar empleada por el Coronel Pack, con el motivo de controlar los objetivos de la iglesia del Colegio y el edificio de las Temporalidades. En tanto, la réplica de Groussac, si bien retoma los puntos polémicos propuestos por Mitre, basará su argumentación en dos afirmaciones marginales de este último: en la primera, cuestiona la legitimidad de Groussac para abordar temas argentinos en su condición de extranjero, y en este sentido, incapaz de emitir juicios con vara justa. En la segunda afirmación, transcrita parcialmente por el director de *La Biblioteca*, Mitre se investiría de una autoridad infalible e irrefutable por la crítica histórica.⁽⁵⁸⁾ Nuevamente el problema de la legitimidad —en este caso la suya propia— y el de la autoridad —la de Bartolomé Mitre como historiador sobre las generaciones futuras— son los tópicos elegidos por Groussac para el debate.

Respecto al primer punto, luego de citar los ejemplos de Taine y Carlyle, nacidos en regiones distintas de aquellas a las que dedicaron algunas de sus obras históricas, se atribuye el derecho de acometer la tarea, no sólo por conocimiento y sensibilidad, sino que inmediatamente se ubica por sobre los historiadores argentinos, para colocarse por encima y en mejores condiciones que cualquier nativo para hacerlo:

"¡...me siento aquí entre los míos, después de haberme sentido extraño en el resto del continente. Y entre las generaciones de la república que, hace treinta años, contribuyo a educar, no habrá argentino de testimonio valedero, para afirmar que no he hablado casi siempre de la tierra adoptiva y de sus eupátridas como él mismo quisiera hablar!".⁽⁵⁹⁾

Nuevamente, es su condición de exterioridad positiva la que le confiere autoridad moral y cultural. Desprovisto de ese americanismo mitologizante en pleno siglo racionalista, del que acusa a sus pares argentinos, es el destinado a escribir la historia argentina, artística y científica, y al mismo tiempo, desapasionadamente objetiva.⁽⁶⁰⁾

La acusación hecha a Mitre, de posarse sobre una jerarquía extraña a la literatura —conquistada en el campo de batalla y no en las letras—, junto a la denuncia por el "abuso de autoridad" del que sería víctima, se transforma en una actitud respetuosa de una jerarquía pasada, pero insostenible desde el punto de vista historiográfico y literario.⁽⁶¹⁾ Ese respeto, cargado de ironía al reconocerle una gloria pasada desprovista de méritos en el presente, se satiriza en la adjetivación elogiosa, que en su representación de Mitre cobra una fuerza descalificadora: "ilustre historiador", "señor general", "señor Mitre", "ilustre crítico", "mi ilustre adversario", "alta personalidad".⁽⁶²⁾ Precisamente, es esa especularidad adjetivante, la que le permite a Groussac autoinmolarse como víctima de una "dictadura intelectual", que si no triunfaría en el terreno de las demostraciones históricas, sí lo haría en la consideración del espíritu público.⁽⁶³⁾

Del cuestionamiento a la legitimidad ajena, a la defensa de la suya propia, el debate se instala en el rechazo de una autoridad ganada en otros campos, para la afirmación de su autoridad en lo que a la historia se refiere. La batalla por la autoridad, no solo funcionaría como un dispositivo auto-legitimador, sino que paralelamente, lo convierte en agente de legitimación, fundamentalmente a través del ejercicio de la crítica. Su defensa de la profesionalización, caracterizada por el apego a las reglas del método científico para la crítica de documentos y el estilo literario del que no debe carecer ninguna obra histórica, convierten a su pluma y a la propia revista, en un instrumento de consagración y legitimación, en el contexto de un campo intelectual y específicamente historiográfico en formación.

III.

El tercer campo de debate, se abre con el abrupto fin de la revista *La Biblioteca*, anunciado en el tomo doble del mes de abril de 1898. Los motivos de esta decisión se encontrarán tanto en los coletazos políticos de su polémica con Piñero, como en la resistencia a someterse a las presiones del Estado, que percibe como una intromisión a su independencia intelectual. El director, hace público el resorte de su decisión: la misiva del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción pública, Dr. Luis Beláustegui. El solo gesto de publicitar la carta ministerial, confirma el esfuerzo de poner al descubierto el avance del Estado sobre la autonomía intelectual.⁽⁶⁴⁾

El ministro alude a "un artículo" publicado en la revista (cuyo autor omite mencionar) referido a la obra del Dr. Norberto Piñero, *Escritos de Mariano Moreno*. Los argumentos que esgrime en la impugnación son de orden ético, diplomático y económico: el exceso de la crítica hasta llegar a la injuria; la afrenta al Estado a través de la crítica del autor que representaba al país en la Embajada de Chile, en un momento en que las tensiones diplomáticas entre ambos países por problemas limítrofes colocaban el conflicto armado en un horizonte cercano; y el carácter de

la publicación costeada con el tesoro público, son respectivamente, los tres ejes en los que el Dr. Beláustegui hace hincapié. La censura se convertirá en la respuesta de Groussac, en una afrenta contra el liberalismo reinante y la labor profesional que él desarrolla, enarbolando de este modo, el libre pensamiento y la satisfacción de la propia conciencia como los bienes más preciados del hombre.⁽⁶⁵⁾

De esa defensa idealista a la libertad, pasa a la dependencia económica del tesoro público que tanto el ministro como Groussac se encargan de subrayar, y que este último, atribuyó a su descuido a la faz comercial de la empresa que llevó acabo.⁽⁶⁶⁾ La revista se sostuvo durante dos años, con los aportes del tesoro, y la venta de ejemplares a través del mecanismo de las suscripciones, que por supuesto no alcanzaban a cubrir los costos de tan ambiciosa publicación. La existencia de un mercado de lectores ampliado, era el único modo de que ésta se viera "emancipada" del Estado; independencia económica e independencia intelectual, eran dos términos que Groussac consideraba inseparables.⁽⁶⁷⁾ Sin embargo, la necesaria constitución de un mercado de lectores no era nueva para el director de la revista. Años antes ya había señalado el problema, tomando como ejemplos la *Revista de Buenos Aires* y la francesa *Revue de Deux Mondes*. La vida efímera de las revistas argentinas, sería el resultado de la ausente concepción de las mismas como empresa; del escritor como un profesional, y del producto como una mercancía.⁽⁶⁸⁾

En contradicción con esos argumentos, imagina en su programa editorial un público selectivo, y por lo tanto necesariamente restringido e incapaz de sostener por sí mismo la publicación:

"Por una parte, tenía la elección entre explotar industrialmente el filón del presupuesto, imprimiendo a doscientos ejemplares, y en mal papel, vagos cuadernos de documentos inéditos, hasta formar cada año un tomo de 300 o 400 páginas, que habría sometido al visto bueno oficial y que nadie hubiese leído; o acometer de mi cuenta y riesgo una empresa civilizadora, intentando fundar una gran revista mensual, no inferior por la ejecución a las europeas, amplia en sus manifestaciones, libérrima en sus tendencias, que estimulase a los talentos conocidos y suscitase a los ignorados, hasta reflejar honrosamente el intelecto argentino en sus varias aplicaciones... Así nació y vivió dos años *La Biblioteca*, con éxito creciente en un público selecto —y creo también que sin descontento en el poder que la subvencionaba".⁽⁶⁹⁾

Tres operaciones se destacan aquí claramente. En primer lugar, Groussac distingue dos experiencias editoriales, donde la opción rechazada había sido la ejecutada por su antecesor M.R. Tréllés en la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, de la cual se diferencia al asumir su función como civilizador, levantando en la cruzada el estandarte de la cultura y las publicaciones europeas. En segundo lugar, condensa en su interior a los intelectuales argentinos, como un

aparato de consagración y difusión cultural. En tercer lugar, la representación de un lector potencial selectivo, acorde con la iniciativa. Demás está decir que, más allá de los escarceos retóricos, esta definición programática toma cuerpo en la revista. Pero al mismo tiempo, funciona como instancia legitimadora que le permite cobijarse en la élite cultural, social y política de la época, para la defensa de su autonomía: el público "selecto"; la "comunidad de pares", formada por la amplia gama de participantes de la experiencia; y el Estado, relación que obviamente está en crisis, a pesar de lo cual se jacta de haberla mantenido sin fisuras, al momento.

El gesto de Groussac de dar por terminada la publicación, tiene un alto valor simbólico en la proclamación de la autonomía intelectual frente al poder político. Si la elección de un público excluyente y exclusivo, contradice la posibilidad de lograr la independencia económica e intelectual a través del mercado, el tono dramático del último número, es mucho más, la resistencia del escritor romántico frente al avance del Estado secularizado, que la posterior seducción modernista al encontrar nuevos causes para relacionarse con el poder y el público.

Conclusiones

En la última década del siglo XIX, se conjugaron una serie de procesos que aportaron las condiciones de posibilidad de las transformaciones que se darían en la relación entre Estado, intelectuales y sociedad civil. La consolidación y secularización del Estado; la apelación a un lenguaje científico y especializado para pensar lo social; y la adopción, por parte de las ciencias sociales, de una función específica de carácter reformista, en pro de resolver los problemas que presentaba una sociedad en crisis, actuaron como factores de mediatización, contribuyendo a la formación de un campo intelectual y a la fijación de sus fronteras interiores, junto a la redefinición de sus relaciones con el poder y la sociedad en su conjunto.

En este contexto, y específicamente en lo que refiere a la historiografía, la ausencia de canales académicos de formación, promoción y consagración de historiadores, convertiría a la crítica histórica en un dispositivo de disciplinamiento y control hacia el interior —de la comunidad de pares—, y exterior —la sociedad y el poder político—, de esa actividad intelectual. La revista *La Biblioteca*, concebida por su director como una cuña civilizadora en una América lingüística y culturalmente atrasada, será el espacio propicio para afirmar el rol de Paul Groussac, en tanto autoridad en materia historiográfica, como agente de legitimación y consagración —de obra y autor— a través del ejercicio de la crítica.

Las polémicas desarrolladas con Norberto Piñero y Bartolomé Mitre, durante los dos años de publicación de la revista, permiten analizar la estrategia discursiva desplegada por Groussac para alcanzar ese objetivo, al circunscribir tres campos

de debate tan diferenciados como convergentes: el problema de la legitimidad, el principio de autoridad, y la autonomía intelectual.

La ajenidad virtuosa, alimentada por una especularidad recurrente entre Europa y Argentina, que le posibilita imponer su actitud moralizante y pedagógica respecto a su país de residencia; junto a la elevación de la historia al rango de especialidad, al estabilizar las reglas del trabajo del historiador vía la aplicación del método experimental, circunscribiéndola al terreno de la práctica profesional, serán las condiciones para la afirmación de su propia legitimidad, a la vez de convertirlo en agente de legitimación.

Este rol, es a su vez dependiente del triunfo en la batalla por la autoridad que entabla con B. Mitre. El cuestionamiento de los méritos historiográficos de su oponente, tanto en términos literarios como metodológicos, contribuye a su auto-consagración como autoridad en la materia.

Finalmente, la recusación de las pretensiones del Estado a ejercer presión en el campo intelectual, como condición de independencia económica y de pensamiento, refieren a la afirmación de una autoridad autonomizada del poder, con el que mantuvo una prolongada y mutua seducción.

Desde este lugar, contribuyendo al proceso de formación del campo intelectual y profesionalización de la disciplina, Paul Groussac actuará como "faro" de la cultura argentina de fines de siglo. Hegemonía indisputada hasta la segunda década del siglo XX, con la aparición de aquellos historiadores dispuestos a crear los canales institucionales de la profesionalización historiográfica en Argentina.

NOTAS

(1) J.L. Borges, "Arte de injuriar", en *Ficcionario. Una antología de sus textos*, F.C.E., México, 1992.

(2) Rómulo Carbia, *Historia de la historiografía argentina*, Biblioteca de Humanidades, La Plata, 1925, págs. 74 a 81.

(3) Tulio Halperín Donghi, "La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", en *Argentina del '80 al centenario*, G. Ferrari y E. Gallo (comps.), Sudamericana, Buenos Aires, 1980, pág. 839.

(4) En las obras y artículos dedicados a Groussac, predomina una perspectiva biográfica tendiente a destacar la "personalidad" del autor, junto al papel "civilizador" que desarrolló en Argentina. A continuación damos una lista de ella: Juan Cánter, "Contribución a la bibliografía de Paul Groussac", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Buenos Aires, 1929, t. IX, págs. 484 a 710; t. X, págs. 260 a 273; T. XI, págs. 337 a 343. En cuanto a otros trabajos referidos a Paul Groussac ver: Avellaneda, N.: *Escritos y discursos*, Buenos Aires, 1910. Cánter, J.: "Orígenes de Paul Groussac", en *Revista del centro de Estudiantes del profesorado*, Buenos Aires, agosto 1935; Correa Luna, C.: "El método y la obra histórica de Paul Groussac al aparecer La Biblioteca", *La Prensa*, 14/11/1926; "Las ideas historiográficas de Paul Groussac hasta la publicación del Liniers", *La Prensa*, 05/12/1926; "Un maestro de Historia Nacional", *La Prensa*, 01/01/1927; Echagüe, J.P.: "Groussac en nuestra historia", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, 1948; García, J.A.: *Los jardines del convento. Narraciones, notas y discusiones*, Buenos Aires, 1916. Martínez, J.G.: *Francois Paul*

Groussac. Su vida, su obra, Buenos Aires, 1948; Noel, A.M.: Paul Groussac, Ed. Cultura Argentina, Buenos Aires, 1980; Ravignani, E. y otros: *Centenario de Groussac, 1848-1948*, Coni, Buenos Aires, 1949; Sarmiento, D.F.: *Obras Completas*, Buenos Aires, 1913; Terán, S.: "Groussac en el Plata", *La Prensa*, Buenos Aires, 27/02/1966; V.V.A.A., "Homenaje a Paul Groussac", en *Nosotros*, cit. Entre otros, participan en este número, E. L. Ravignani, J. L. Borges y J.L. Romero.

(5) Respecto a la profesionalización, en distintas áreas del campo intelectual argentino, ver: F. Devoto, "Estudio Preliminar", en *La historiografía argentina en el siglo XX*, CEAL, Buenos Aires, 1993; Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "La Argentina del centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, CEAL, Buenos Aires, 1983; Jorge Dotti, "Notas sobre la influencia de la filosofía italiana en la reacción 'antipositivista' en Argentina", en *L'Italia nella società argentina*, F. Devoto y G. Rosoli (comps.), Centro Studi Emigrazione, Roma, 1988.

(6) Paul Groussac, asume la dirección de la Biblioteca Nacional en 1885, tras la muerte de J. A. White, desempeñando el cargo hasta su fallecimiento en 1929. En tanto, la revista *La Biblioteca* apareció mensualmente desde junio de 1896 a abril de 1898, alcanzando a cubrir 8 tomos trimestrales. Bajo el subtítulo de revista de "Historia, Ciencias, y Letras", mantuvo, además de los artículos, tres secciones permanentes: el Boletín Bibliográfico; la sección de Documentos Históricos; y la de Redactores de La Biblioteca, destinada a estudios biográficos de los articulistas.

(7) Ezequiel Gallo, "Paul Groussac: reflexiones sobre el método histórico", en *Historia*, Nº 3, septiembre, 1981, pág. 20.

(8) Juan A. García, "Advertencia", en *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, Nº 3, t.I, 1916. Sobre este punto ver: Fernando Devoto, "Estudio Preliminar", en op. cit., págs. 7 y 8.

(9) La polémica, es iniciada por Paul Groussac, con la crítica dirigida a los jóvenes historiadores en su "Juan de Garay", *Anales de la Biblioteca*, t. IX, Buenos Aires, 1914; y en el *Mendoza y Garay*, A.A.L., t. I, Buenos Aires, 1949. (1ª ed. 1916).

(10) La revista *Nosotros* va a ser el vehículo de la crítica de los jóvenes historiadores: Rómulo Carbia, "El señor Groussac historiógrafo. A propósito de la crítica moderna.", año VIII, Nº 68, Buenos Aires, diciembre 1914, págs. 240 a 249. Diego L. Molinari, "Groussac y el método.", año X, Buenos Aires, septiembre de 1916, págs. 257-267.

(11) Respecto al proceso de profesionalización de la disciplina histórica en las primeras décadas del siglo XX, ver Nora Pagano y Miguel Galante, "La nueva escuela histórica: una aproximación institucional, del centenario a la década del '40.", en *La historiografía argentina del siglo XX*, op. cit., págs. 45 a 78.

(12) R. Carbia, op. cit., págs. 241 a 248.

(13) R. Carbia, op. cit., pág. 249.

(14) La dirección, se diferenciará de los términos usados por el polemista en su crítica a Groussac, señalando, que es éste "...un escritor consagrado a quien la dirección de *Nosotros* estima en todo lo que vale y significa.", pie de página del editor, en R. Levillier, Roberto Levillier, "El aspecto moral de la obra del señor Pablo Groussac.", *Nosotros*, año X, Buenos Aires, junio 1916, pág. 285; el número titulado "Homenaje a Paul Groussac.", en *Nosotros*, año XXIII, Buenos Aires, julio 1929. Los artículos a los que nos referimos en la *Revista de Filosofía* son: "Mendoza y Garay.", Nº 1, año 3, vol. 5, 1917, págs. 142-144; "Una demostración de Paul Groussac.", Nº 1, año 6, vol. 11, págs. 65-78.

(15) Paul Groussac, "El centenario", en *La Biblioteca*, año II, t. V, Ad. de *La Biblioteca*, Buenos Aires, 1897, pág. 287.

(16) Paul Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*, Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires, 1967, pág. LXI. (1ª ed. 1893).

(17) *Ibidem*. La crítica dirigida a Brunet por poner en un rango superior a la teología, demuestra que el criterio de Groussac, era el de establecer rangos por importancia decreciente; *idem*, pág. LX.

(18) En enero de 1885, cuando Groussac asume en la dirección de la Biblioteca Nacional, hay en existencia 35.149 volúmenes, que aumentan a 62.707 en 1893. En ese año, clasificados por áreas, los volúmenes quedan divididos de la siguiente manera: Ciencias y Artes: 9478; Historia y Geografía:

10.593; Derecho y Ciencias Sociales: 8.052; Literatura: 8.212; Teología: 5.019; Revistas: 6.021; Diarios: 1.761; Folletos: 11.124; Duplicados: 2.447. Idem, pág. XLVIII.

(19) Para esta cuantificación tomamos como referencia los artículos propiamente dichos, y los escritos para las distintas secciones, incluyendo las Notas Preliminares y los Documentos Históricos por él publicados, en la medida que estaban directamente vinculados con sus investigaciones; y excluimos, las notas biográficas de los Redactores de *La Biblioteca*.

(20) Sobre este punto, es necesario señalar algunos matices en función de la aparición, a partir de 1980, de importantes trabajos dedicados a la historiografía argentina, además del ya mencionado artículo de Tulio Halperín Donghi, debe destacarse del mismo autor, "El revisionismo histórico como visión decadentista de la historia nacional.", *Punto de Vista*, N° 23, Buenos Aires, abril de 1985; Diana Quattrocchi de Woisson, "Historia y contra-historia en Argentina, 1916-1930.", en *Cuadernos de Historia Regional*, Luján, U.N.L.U., vol. III, agosto 1987, págs. 34-60; Natalio R. Botana, *La libertad política y su historia*, Sudamericana, Buenos Aires, 1991; el volumen colectivo *La historiografía argentina en el siglo XX*, citado; y de comienzos del período, *Argentina del '80 al centenario*, citado.

(21) Berheim, E., *Lehrbuch der historischen methode und der geschichtsphilosophie*, Leipzig, 1889. Respecto a la lectura de los historiadores de la "nueva escuela histórica" del manual de Berheim, ver: F. Devoto, op. cit., pág. 14.

(22) Para una definición del concepto de "Campo Intelectual": Pierre Bourdieu, "Campo intelectual, campo del poder y habitus de clase", en *Campo intelectual y campo del poder*, Folios, Buenos Aires, 1983. Para una definición del concepto de campo intelectual, C. Altamirano y B. Sarlo, *Conceptos de sociología literaria*, CEAL, Buenos Aires, 1990, págs. 14 a 16; y A.B. Gutiérrez, *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, CEAL, Buenos Aires, 1994.

(23) Tulio Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, CEAL, Buenos Aires, 1992, págs. 10 y 19.

(24) Respecto a los vínculos entre las transformaciones de la sociedad argentina de fines de siglo y la conformación de un campo intelectual en Argentina, C. Altamirano y B. Sarlo, op. cit., pág. 72; en cuanto a relación entre crisis de legitimidad política e interpretaciones del pasado, N. Botana, *La libertad política y su historia*, op. cit., pág. 12.

(25) Vicente F. López, *Historia de la República Argentina*, t. I, Librería de la Facultad, Buenos Aires, 1911-1912. Sobre el debate entre B. Mitre y V. F. López, N. Botana, op. cit.

(26) Eduardo Zimmermann, "Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1916", en *Desarrollo Económico*, N° 124, vol. 31, enero-marzo 1992, págs. 360-363; del mismo autor, su tesis doctoral "Liberals, reform and the social question: Argentina, 1890-1916." (D. Phil., Univ. Oxford, 1991). Para la relación entre crisis social e intelectuales reformistas para el caso de la clínica médica, Hugo Vezzetti, *La locura en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1985.

(27) En tanto discusión en torno al problema de la interpretación, la carga política de la crítica nos parece evidente. En este punto seguimos a Hayden White: "Esta política tiene que ver con el tipo de autoridad que el intérprete reclama frente a las autoridades políticas establecidas de la sociedad a la que pertenece, por un lado, y frente a otros intérpretes de su propio campo de estudio o investigación, por otro, como base de cualesquiera derecho que se arrogue a sí mismo y cualesquiera que se sienta obligado a descargar en su estatus como buscador profesional de la verdad." H. White: "La política de la interpretación histórica: sublimación y desublimación", en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Paidós, Barcelona, 1992.

(28) Respecto a su rol como crítico literario, Sonia Contardi hace hincapié en su polémica con Rubén Darío, a raíz de la publicación en la revista, de *Los raros*, S. Contardi: "El juicio al extranjero. Paul Groussac, entre el desorden cultural, la biblioteca y la poesía. Una lectura de la revista *La Biblioteca*", en *El Dorado*, C.I.L.C.A.L./C.E.I./U.N.R., año 1, N° 1, Rosario, primer semestre de 1994.

(29) Los artículos de referencia son: P. Groussac: "Escritos de Mariano Moreno", *La Biblioteca*, año 1, t. 1, Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos, Buenos Aires, 1986, págs. 121 a 160; "Escritos de Mariano Moreno. Segundo Artículo", *La Biblioteca*, año II, t. 7. Administración de La Biblioteca, Buenos Aires,

1898, págs. 268 a 318; "La desaparición de *La Biblioteca*". *La Biblioteca*, año II, t. 8, Administración de La Biblioteca, Buenos Aires, 1898, págs. 244 a 248.

(30) Se refiere al libro de Norberto Piñero: *Escritos de Mariano Moreno*, Imprenta de P. Coni e Hijos, Buenos Aires, 1896.

(31) P. Groussac, "Escritos de Mariano Moreno", op. cit., pág. 124.

(32) P. Groussac: "Santiago de Liniers", en *La Biblioteca*, t. 3, págs. 112, 271, 422; t. 4, págs. 119, 436, cit., 1897.

(33) El modelo para las ediciones críticas, será el volumen dirigido por Rêgnier, *Les Grands Écrivains de la France*. Respecto a ésta obra señala: "...no ha de ser por coincidencia fortuita que ellas se realicen completas y perfectas únicamente en los países donde se elaboran ahora las obras maestras del pensamiento.", en P. Groussac, "Escritos de Mariano Moreno", op. cit., pág. 135.

(34) Idem, pág. 148.

(35) Idem, págs. 353 a 359.

(36) Idem, pág. 159.

(37) Como el busto de Franklin que preside la Biblioteca de Filadelfia, Groussac ordena colocar, como un acto de justicia el busto de M. Moreno en la Biblioteca Nacional en el año 1892. P. Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*, op. cit., pág. X.

(38) P. Groussac, "Escritos de Mariano Moreno", op. cit., pág. 148.

(39) P. Groussac: "Escritos de Mariano Moreno. Segundo artículo", op. cit., pág. 271. De aquí en más; "Segundo artículo".

(40) "Escritos de Mariano Moreno", op. cit., pág. 124.

(41) Groussac, detalla un conjunto de condiciones que debía cumplir una edición crítica de documentos históricos: 1— "Coleccionar todos los manuscritos de Moreno"; 2— "Adoptar un método uniforme y racional para la corrección del texto"; 3— "Acompañarlo de notas y aclaraciones para su mejor comprensión crítica", idem, pág. 126.

(42) Idem, pág. 130.

(43) P. Groussac, "Segundo artículo", op. cit., págs. 312-313.

(44) E. Gallo, al señalar la poca claridad de P. Groussac, para demarcar claramente las diferencias entre la historia y las ciencias naturales, confunde su adhesión al método experimental —entendido como práctica— y la ciencia, en su capacidad de formular leyes universales; E. Gallo, en op. cit., pág. 23.

(45) P. Groussac, "La paradoja de las 'Ciencias Sociales'", en *La Biblioteca*, cit., año 1, t. II, 1896, págs. 309 a 320.

(46) P. Groussac, idem, pág. 310.

(47) Idem, pág. 313.

(48) En este punto, la afirmación de Groussac es concluyente: "En los estudios sociales, no podemos, no debemos aspirar sino a una probabilidad cada vez mayor en la conjetura", idem, pág. 320.

(49) Idem, pág. 313.

(50) N. Piñero, *Los Escritos de Mariano Moreno y la crítica del Señor Groussac*, Lajouane, Buenos Aires, 1987.

(51) P. Groussac, "Segundo artículo", op. cit., pág. 282.

(52) Idem, pág. 306.

(53) Idem, pág. 292.

(54) Es este el caso de Montesquieu, Gibbon y el propio Taine, cuya obra, "...no resistirá del todo al asalto del tiempo". Por otra parte, no duda en tomar como modelo, "el excelente manual técnico de Langlois y Seignobos", cuya Introducción a los Estudios Históricos, años más tarde, durante su polémica con los jóvenes de la "nueva escuela histórica", no dudará en descalificar como un reflejo francés del macizo *Lehrbuch* de Berheim. P. Groussac, idem, pág. 313; la posterior crítica a Langlois y Seignobos, en P. Groussac, *Mendoza y Garay*, op. cit., pág. 7.

(55) Idem, pág. 315.

(56) Idem, págs. 316-17.

(57) El "Santiago de Liniers" se publicó originalmente en la revista *La Biblioteca*, año II, t. 3, 112, 271, 422; t. 4, 119, 436, op. cit., 1897; la respuesta de Mitre, se publicó en distintos números del diario *La Nación* del mes de mayo de 1897, reproducidos con su título original en *La Biblioteca*: B. Mitre, "Paréntesis históricos", en op. cit., año II, t. IV, 1897, págs. 437 a 446; la respuesta de Groussac, con el título de "Disgresión polémica", se encuentra en el mismo número de la citada revista, págs. 447 a 480.

(58) En la primera de sus afirmaciones referidas a Groussac, Mitre lo caracteriza como "...escritor de raza, que atrae por el estilo aunque se disienta de sus opiniones, pero que repele a veces, cuando se deja arrastrar por sus instintos étnicos, al juzgar y medir fuera de su medio, hechos, cosas y personajes, con un criterio extraño a su naturaleza y una vara arbitraria, que pretende erigir en principio y regla según su idiosincrasia.", B. Mitre, op. cit., pág. 437; en la segunda afirmación que elige para polemizar, Mitre señala, "...no queremos emitir polémica sobre puntos del dominio histórico, respecto de los cuales hemos dicho nuestra última palabra (mala o buena), en libros...", idem, pág. 438. Las palabras puestas por nosotros entre paréntesis y que matizarían la soberbia de su autor, son eliminadas en la transcripción que hace Groussac de la frase. P. Groussac, "Disgresión polémica", en op. cit., pág. 449.

(59) P. Groussac, "Disgresión polémica", op. cit., pág. 449.

(60) Idem, pág. 448.

(61) Idem, pág. 449.

(62) Borges, al referirse al método de la injuria, señala el valor denigrativo en la utilización de títulos como "señor" o "doctor" en estos contextos discursivos. J.L. Borges, op. cit., pág. 65.

(63) Idem, pág. 480.

(64) La carta con membrete oficial, fechada el 19 de marzo de 1898, se publica juntamente con la respuesta de Groussac, con fecha del 20 de abril del mismo año; ambas en "La desaparición de *La Biblioteca*", *La Biblioteca*, año II, t. 8, 1898.

(65) P. Groussac, "La desaparición de *La Biblioteca*", op. cit., pág. 245.

(66) Idem, pág. 248.

(67) Ibidem.

(68) P. Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*, op. cit., pág. XLI.

(69) Idem.